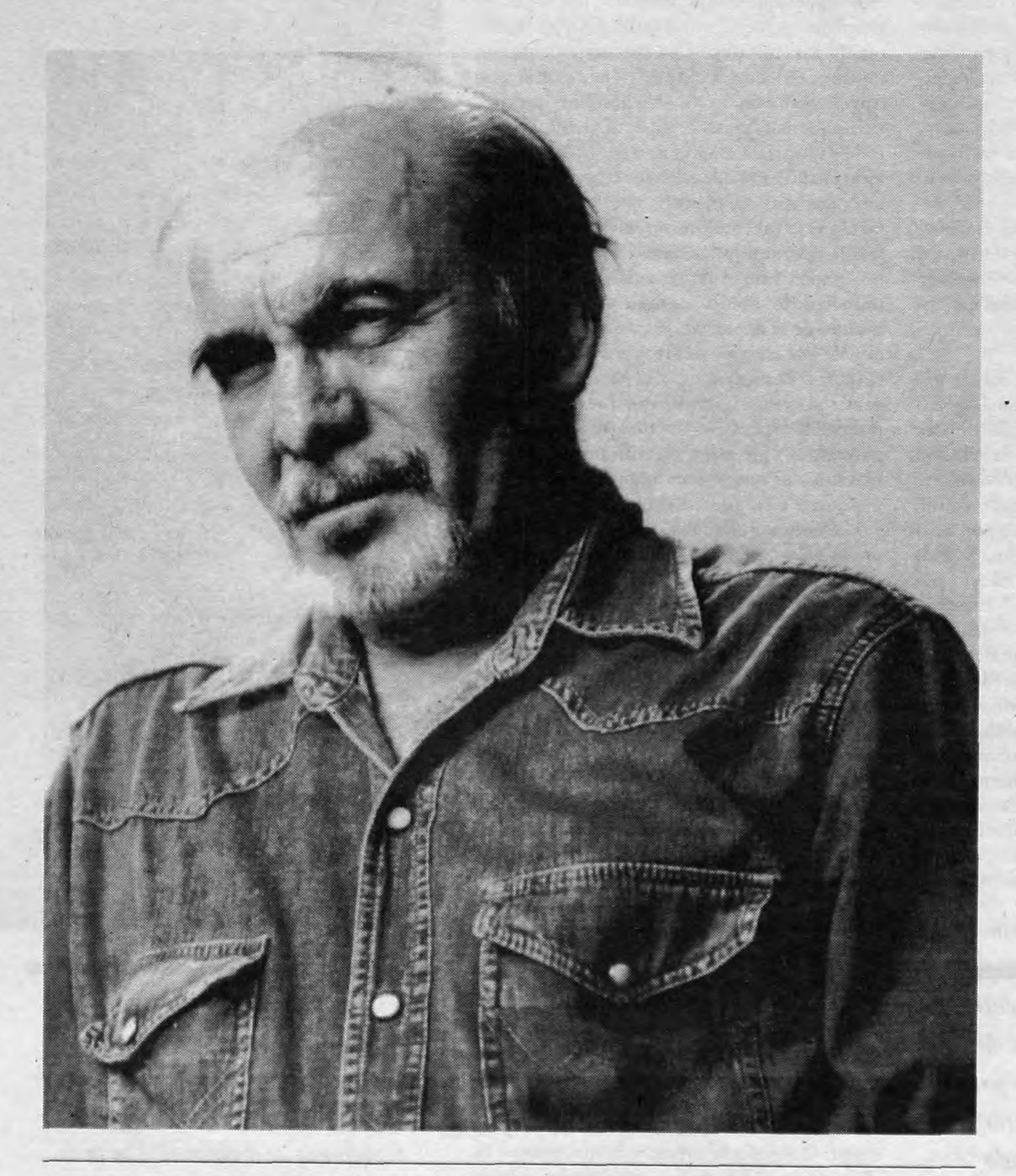


ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

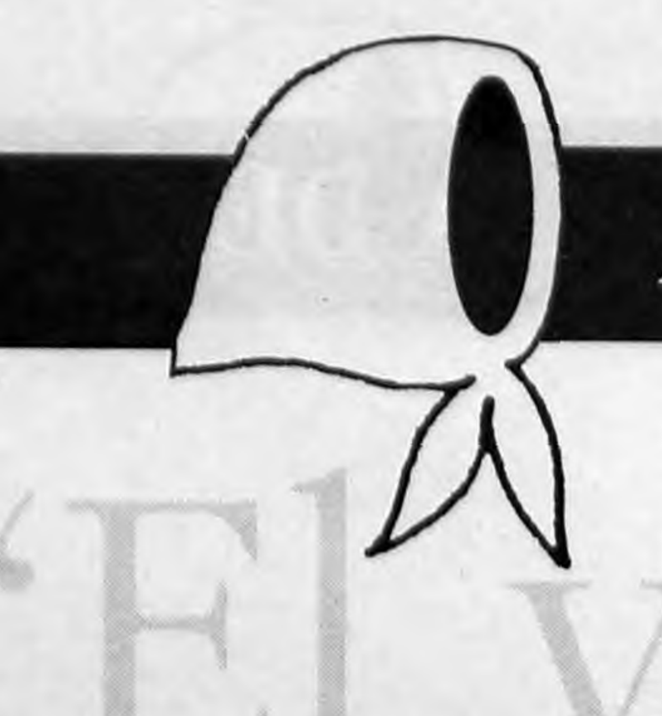
Seminario Interdisciplinario de Arte, Locura y Sociedad



ABELARDO CASTILLO

"El viejo camino hacia la otra realidad"

Página/12



"El viejo camino ha

ABELARDO



Ante todo debo hacer una aclaración sobre mi vocabulario. No soy psiquiatra, de modo que utilizaré las palabras loco, locura, enfermedad o salud con absoluta libertad y hasta con cierto salvajismo. Eludo intencionalmente la categórica noción de "enfermedad del cerebro" al referirme a la locura y me limito a la más existencial de enfermedad psíquica, sin ningún temor de que ésta pueda ser traducida, a la letra, como enfermedad del alma. Tal vez no sea demasiado ortodoxo en mis especulaciones pero creo que todos me van a entender perfectamente.

No hay un límite preciso entre la locura y la normalidad: la psiquiatría y el psicoanálisis parecen haber renunciado a establecerlo ya hace muchos años. Cuando indagamos la relación entre la locura y el arte, esta línea divisoria se transforma en algo todavía más delgado y sutil, y hasta más peligroso. Si entendemos por artistas locos a hombres como Hölderlin, Strindberg, Baudelaire, Schumann, Von Kleist –por no hablar ahora de pensadores como Nietzsche– si pensamos en Nerval, en Jacobo Fijman, en Artaud y en todos los que me dejo por el camino –Maupassant, Lenau, Blake, Swedenborg, Van Gogh–, en vez de estar pensando en la excepción, casi pensamos en la generalidad, dado que la sola mención de estos nombres nos hace sentir que la norma es que en el arte se manifieste la locura. Esto, por supuesto, no significa de ninguna manera que para ser un artista haya que ser previamente un loco, pero daría la impresión de que un gran artista es siempre más o menos loco.

La pregunta que se instala de inmediato es

> *"No hay un límite preciso entre la locura y la normalidad: la psiquiatría y el psicoanálisis parecen haber renunciado a establecerlo ya hace muchos años. Cuando indagamos la relación entre la locura y el arte, esta línea divisoria se transforma en algo todavía más delgado y sutil, y hasta más peligroso."*

doble. ¿Es la locura la que llevó a estos hombres excepcionales a pintar, a componer música, a hacer literatura, es la locura la que los condujo a los límites de su arte? ¿O fue su arte el que los enloqueció? Y una tercera cuestión, que, de ser respondida negativamente, anularía las otras dos: ¿hay realmente un punto de contacto entre la creación estética y la locura?

Es un hecho evidente que la obra de los llamados artistas locos, la obra de los grandes paranoicos o esquizofrénicos como Strindberg o Artaud o, en pintura, como Van Gogh, ejerce una influencia muy grande sobre la sociedad entera: sobre aquellos que somos, o nos decimos, normales. ¿Qué significa esto? ¿Qué es lo que ocurre para que dialoguen tan fuertemente con nosotros las obras de arte de hombres que estaban clínicamente locos, o de hombres que murieron prematuramente sin acaso demostrar del todo su locura? Cuando uno lee a Kafka, sobre todo cuando mira de cerca los cuadernos en octavo, sus diarios, incluso las cartas a Milena, piensa si la tuberculosis no salvó a Kafka de la locura. El mundo kafkiano, no ya su mundo novelístico sino el de su vida cotidiana, es el mundo de los sueños, de lo irracional y quizá el mundo de la demencia. Y vuelvo a mi pregunta: ¿Por qué este tipo de obras nos habla con tanta fuerza? Por supuesto, sólo planteo el interrogante: no vengo a dar ninguna respuesta, y en realidad se lo planteo a ustedes, psiquiatras y psicoanalistas, que están científicamente mucho mas dotados que yo para responderlo.

¿Qué es en definitiva un loco?

Un loco es un ser subversivo o transgresor. Es un ser que molesta a la sociedad: la inquieta, la perturba. Se comporta de una manera no habitual. Da la impresión de hacer lo que quiere, de hablar cuando quiere, y de decir las cosas que piensa exactamente en el momento en que las piensa. Pero esto también es un artista. Un loco tiene percepciones que van mucho más allá de las percepciones normales y que únicamente se diferencian de esas percepciones en su intensidad, de modo que en algún sentido un loco es sencillamente alguien que siente, sufre, tiene celos, manías persecutorias, delirios y sueños diurnos que son los mismos de las personas llamadas cuerdas, sólo que se manifiestan en él con un grado de intensidad tan grande que ya no los puede manejar. Pero esto es también un artista. No hay más que ver la fuerza que tenían los celos en un escritor como Strindberg, el poder que tenía en Van Gogh la angustia para advertir su vecindad con lo patológico. Pero, se me dirá, Strindberg y Van Gogh, estaban locos. De acuerdo. Pensemos entonces en artistas intachablemente normales. El modelo típico del escritor clásico es Goethe. Goethe, en *Vida y Poesía*, cuenta con perfecta serenidad cómo, después de despedirse de Friederike, cabalgando él hacia Drushenheim ha visto venir a Goethe, vestido de manera inusual, cabalgando en sentido contrario. "Me vi –no con mis ojos reales sino con los de la mente– viajando a caballo hacia mí mismo, por el mismo camino y vestido con un traje que jamás había usado: su color era gris esturión, con algo de dorado." Lo cual no le resulta demasiado extraño. "Lo extraño –dice–, es que luego de seis años me encuentro en este camino, yendo otra vez a visitar a Friederike, usando el traje con el que había soñado seis años atrás." La palabra "soñado" es sutilmente metafórica. Se haya visto o no con los ojos de la mente, el primer cruce ocurrió de día, o con luz suficiente como para constatar el color esturión y los dorados de su traje, y sobre todo se verificó sobre un caballo en movimiento, no en la cama.

Esto no es lo que ninguno de nosotros llamaría normal. Como tampoco es normal el mun-

> *"Un loco es un ser subversivo o transgresor. Es un ser que molesta a la sociedad: la inquieta, la perturba. Se comporta de una manera no habitual. Da la impresión de hacer lo que quiere, de hablar cuando quiere, y de decir las cosas que piensa exactamente en el momento en que las piensa."*

do alucinatorio de Poe o de Dostoiewski, tan cercano a la locura, aunque clínicamente tampoco podría calificárselos de locos. Sólo que en el caso de Goethe resulta mucho más significativo e inquietante porque Goethe sigue siendo el símbolo del artista sereno, del hombre sabio, del poeta apolíneo. Fue, es cierto, el precursor del *Sturm und Drang* y del arte romántico alemán, pero sobre todo fue su apóstata. Fue, en definitiva, el escritor que declaró casi con desprecio: *Lo romántico es lo enfermo, lo clásico es lo sano.* Como si, temiendo el poder de esa fuerza irracional que veía en lo romántico, eso que Nietzsche llamaría dionisíaco, se dispusiera a preservar su salud, y junto con su salud su obra futura para el resto de su vida.

En este lugar ambiguo donde el arte y la locura se tocan es donde empiezan a notarse las diferencias que hay entre la locura y el arte, o entre la obra del loco y la obra del artista loco.

Se pueden observar dos características, propias del artista loco, que parecen abrirse paso desde el centro mismo de la psicosis. La primera es la claridad estremecedora que han tenido para detectar e, incluso, aceptar su propia locura. Es famoso el texto de Baudelaire cuando anota en su diario, hoy, día tal de tal mes del tal año, me ha rozado, o ha pasado junto a mí, el ala de la imbecilidad. Como una profecía. Baudelaire, en efecto, muere literalmente imbécil. El dueño de todas las sonoridades de su idioma quedó reducido a articular dos o tres palabras balbuceantes. No es menos perturbador y lúcido el autodiagnóstico de Poe sobre su alcoholismo: "En aquellos momentos de absoluta inconciencia yo bebía, Dios sabe en qué medida. Mis enemigos atribuyen la locura a la bebida, en vez de atribuir la bebida a la locura". Nietzsche, en una carta de 1881 a Peter Gast: "A veces me pasa por la cabeza el presentimiento de que, en verdad, vivo una vida peligrosa, pues pertenezco a esa clase de máquinas que pueden estallar". Y,

"El viejo camino hacia la otra realidad"

"El viejo camino hacia la otra realidad"

ABELARDO CASTILLO

Ante todo debo hacer una aclaración sobre mi vocabulario. No soy psiquiatra, de modo que utilizaré las palabras loco, locura, enfermedad o salud con absoluta libertad y hasta con cierto salvajismo. Eludo intencionalmente la categórica noción de "enfermedad del cerebro" al referirme a la locura y me limito a la más existencial de enfermedad psíquica, sin ningún temor de que ésta pueda ser traducida, a la letra, como enfermedad del alma. Tal vez no sea demasiado ortodoxo en mis especulaciones pero creo que todos me van a entender perfectamente.

No hay un límite preciso entre la locura y la normalidad: la psiquiatría y el psicoanálisis parecen haber renunciado a establecerlo ya hace muchos años. Cuando indagamos la relación entre la locura y el arte, esta línea divisoria se transforma en algo todavía más delgado y sutil, y hasta más peligroso. Si entendemos por artistas locos a hombres como Hölderlin, Strindberg, Baudelaire, Schumann, Von Kleist –por no hablar ahora de pensadores como Nietzsche– si pensamos en Nerval, en Jacobo Fijman, en Artaud y en todos los que me dejo por el camino –Maupassant, Lenau, Blake, Swedenborg, Van Gogh–, en vez de estar pensando en la excepción, casi pensamos en la generalidad, dado que la sola mención de estos nombres nos hace sentir que la norma es que en el arte se manifieste la locura. Esto, por supuesto, no significa de ninguna manera que para ser un artista haya que ser previamente un loco, pero daría la impresión de que un gran artista es siempre más o menos loco.

La pregunta que se instala de inmediato es

> *"No hay un límite preciso entre la locura y la normalidad: la psiquiatría y el psicoanálisis parecen haber renunciado a establecerlo ya hace muchos años. Cuando indagamos la relación entre la locura y el arte, esta línea divisoria se transforma en algo todavía más delgado y sutil, y hasta más peligroso."*

doble. ¿Es la locura la que llevó a estos hombres excepcionales a pintar, a componer música, a hacer literatura, es la locura la que los condujo a los límites de su arte? ¿O fue su arte el que los enloqueció? Y una tercera cuestión, que, de ser respondida negativamente, anularía las otras dos: ¿hay realmente un punto de contacto entre la creación estética y la locura?

Es un hecho evidente que la obra de los llamados artistas locos, la obra de los grandes paranoicos o esquizofrénicos como Strindberg o Artaud o, en pintura, como Van Gogh, ejerce una influencia muy grande sobre la sociedad entera: sobre aquellos que somos, o nos decimos, normales. ¿Qué significa esto? ¿Qué es lo que ocurre para que dialoguen tan fuertemente con nosotros las obras de arte de hombres que estaban clínicamente locos, o de hombres que murieron prematuramente sin acaso demostrar del todo su locura? Cuando uno lee a Kafka, sobre todo cuando mira de cerca los cuadernos en octavo, sus diarios, incluso las cartas a Milena, piensa si la tuberculosis no salvó a Kafka de la locura. El mundo kafkiano, no ya su mundo novelístico sino el de su vida cotidiana, es el mundo de los sueños, de lo irracional y quizá el mundo de la demencia. Y vuelvo a mi pregunta:¿Por qué este tipo de obras nos habla con tanta fuerza? Por supuesto, sólo planteo el interrogante: no vengo a dar ninguna respuesta, y en realidad se lo planteo a ustedes, psiquiatras y psicoanalistas, que están científicamente mucho mas dotados que yo para responderlo.

¿Qué es en definitiva un loco?

Un loco es un ser subversivo o transgresor. Es un ser que molesta a la sociedad: la inquieta, la perturba. Se comporta de una manera no habitual. Da la impresión de hacer lo que quiere, de hablar cuando quiere, y de decir las cosas que piensa exactamente en el momento en que las piensa. Pero esto también es un artista. Un loco tiene percepciones que van mucho más allá de las percepciones normales y que únicamente se diferencian de esas percepciones en su intensidad, de modo que en algún sentido un loco es sencillamente alguien que siente, sufre, tiene celos, manías persecutorias, delirios y sueños diurnos que son los mismos de las personas llamadas cuerdas, sólo que se manifiestan en él con un grado de intensidad tan grande que ya no los puede manejar. Pero esto es también un artista. No hay más que ver la fuerza que tenían los celos en un escritor como Strindberg, el poder que tenía en Van Gogh la angustia para advertir su vecindad con lo patológico. Pero, se me dirá, Strindberg y Van Gogh, estaban locos. De acuerdo. Pensemos entonces en artistas intachablemente normales. El modelo típico del escritor clásico es Goethe. Goethe, en *Vida y Poesía*, cuenta con perfecta serenidad cómo, después de despedirse de Friederike, cabalgando él hacia Drushenheim ha visto venir a Goethe, vestido de manera inusual, cabalgando en sentido contrario. "Me vi –no con mis ojos reales sino con los de la mente– viajando a caballo hacia mí mismo, por el mismo camino y vestido con un traje que jamás había usado: su color era gris esturión, con algo de dorado." Lo cual no le resulta demasiado extraño. "Lo extraño –dice–, es que luego de seis años me encuentro en este camino, yendo otra vez a visitar a Friederike, usando el traje con el que había soñado seis años atrás." La palabra "soñado" es sutilmente metafórica. Se haya visto o no con los ojos de la mente, el primer cruce ocurrió de día, o con luz suficiente como para constatar el color esturión y los dorados de su traje, y sobre todo se verificó sobre un caballo en movimiento, no en la cama.

Esto no es lo que ninguno de nosotros llamaría normal. Como tampoco es normal el mun-

> *"Un loco es un ser subversivo o transgresor. Es un ser que molesta a la sociedad: la inquieta, la perturba. Se comporta de una manera no habitual. Da la impresión de hacer lo que quiere, de hablar cuando quiere, y de decir las cosas que piensa exactamente en el momento en que las piensa."*

do alucinatorio de Poe o de Dostoiewski, tan cercano a la locura, aunque clínicamente tampoco podría calificárselos de locos. Sólo que en el caso de Goethe resulta mucho más significativo e inquietante porque Goethe sigue siendo el símbolo del artista sereno, del hombre sabio, del poeta apolíneo. Fue, es cierto, el precursor del *Sturm und Drang* y del arte romántico alemán, pero sobre todo fue su apóstata. Fue, en definitiva, el escritor que declaró casi con desprecio: *Lo romántico es lo enfermo, lo clásico es lo sano*. Como si, temiendo el poder de esa fuerza irracional que veía en lo romántico, eso que Nietzsche llamaría dionisíaco, se dispusiera a preservar su salud, y junto con su salud su obra futura para el resto de su vida.

En este lugar ambiguo donde el arte y la locura se tocan es donde empiezan a notarse las diferencias que hay entre la locura y el arte, o entre la obra del loco y la obra del artista loco.

Se pueden observar dos características, propias del artista loco, que parecen abrirse paso desde el centro mismo de la psicosis. La primera es la claridad estremecedora que han tenido para detectar e, incluso, aceptar su propia locura. Es famoso el texto de Baudelaire cuando anota en su diario, hoy, día tal de tal mes del tal año, me ha rozado, o ha pasado junto a mí, el ala de la imbecilidad. Como una profecía. Baudelaire, en efecto, muere literalmente imbécil. El dueño de todas las sonoridades de su idioma quedó reducido a articular dos o tres palabras balbuceantes. No es menos perturbador y lúcido el autodiagnóstico de Poe sobre su alcoholismo: "En aquellos momentos de absoluta inconciencia yo bebía, Dios sabe en qué medida. Mis enemigos atribuyen la locura a la bebida, en vez de atribuir la bebida a la locura". Nietzsche, en una carta de 1881 a Peter Gast: "A veces me pasa por la cabeza el presentimiento de que, en verdad, vivo una vida peligrosa, pues pertenezco a esa clase de máquinas que pueden estallar". Y, por fin, el más clarividente, implacable y conmovedor, de Van Gogh a su hermano Theo: "Lo que hace falta es no olvidar nunca que un cántaro roto es un cántaro roto... el riesgo de que me sobrevenga un ataque de éstos hallándome contigo o con otros es grave ... pero en tal caso cabe recluirse uno, mientras dure, en algún manicomio o incluso en la prisión de partido, donde suele haber un calabozo para detenidos peligrosos".

La otra característica es puramente estética. Hay algo que domina la obra de los grandes artistas, estén o no locos, y es la necesidad de perfección, de precisión formal. Todos los grandes artistas, locos o no, han tenido algo así como la obsesión maníaca de la forma. No hay más que pensar en obras de hombres no locos como Proust o Tolstoi para advertirlo: el boceto inicial de *En busca del tiempo perdido* es un borrador de mil páginas; *Guerra y Paz* fue reescrito ocho veces. Pero también basta mirar sin prejuicios los cuadros de Van Gogh para darse cuenta de que, aun al borde de la locura, su preocupación por la forma y su dominio de la forma eran inmensos. El tamaño de sus cuadros es la mejor prueba. Van Gogh pintaba cuadros pequeños. Poder cifrar todo ese mundo caótico en el marco de un cuadro de caballete exige un control sobre el pincel, un control sobre la materia

> *"Todos los grandes artistas, locos o no, han tenido algo así como la obsesión maníaca de la forma. No hay más que pensar en obras de hombres no locos como Proust o Tolstoi para advertirlo: el boceto inicial de* En busca del tiempo perdido *es un borrador de mil páginas."*

y, sobre todo, un control sobre sí mismo no muy diferente al que podía tener Leonardo cuando pintaba. Es como si a través de la forma –y esto quizá tiene que ver con lo que ustedes, psiquiatras y psicoanalistas e incluso pacientes, están tratando en el Borda– intentara contener ese mundo alucinatorio y desarbolado, y consiguiera encajonar su racionalidad dentro de márgenes muy claros para él. No me parece casual que Maupassant, que murió loco, y que estaba muy loco cuando se volvió loco, haya sido un cuentista casi perfecto. Tampoco me parece casual que Poe y Akutagawa hayan sido cuentistas, no novelistas: el cuento es el género literario más estricto. Que Van Gogh haya pintado cuadros de muy breve dimensión era quizá una defensa de su cordura. Si ustedes se imaginaran a Van Gogh pintando murales se imaginarían a un hombre absolutamente perdido en lo informe. Empezaría a pintar su pared en París y terminaría en Holanda. Con semejante carácter, con semejante impaciencia, sólo podía controlar su pintura dentro de límites muy precisos, que deberían ser también muy dolorosos, pero que, mientras pudo dominarlos, lo iban conteniendo. Como si la forma –no estoy hablando ni del sentido ni del estilo–, el trabajo sobre la forma, contuviera de algún modo esa cosa irracional que tiene toda creación estética y sirviera de autoterapia, por llamarla de alguna manera.

Para definir lo que entiendo por enfermedad y lo que entiendo por locura voy a apelar a Nietzsche, que de esto sabía bastante. Confieso que yo también sé bastante por razones no necesariamente literarias ni científicas. He bebido durante quince años, soy lo que se dice un alcohólico, en la acepción clínica de la palabra, aunque hace muchos años que no bebo. Quiero decir con esto que he tenido cierta percepción, desde el centro de una especie de locura, de lo que es la locura. Lo que no significa que me esté poniendo en el mismo nivel de los artistas que he nombrado en esta charla. Y acá, como necesario anticlímax, puedo intercalar un chiste sampedrino. Había en San Pedro un pequeño tendero que, en cuanto se le presentaba una oportunidad, decía: "Harrod's, Gath y Chávez, nosotros mismos..." Bueno: no es mi caso.

Lo que no me mata me hace más fuerte, escribió Nietzsche. La salud, entonces, podría definirse como la cantidad de enfermedad que puede resistir un organismo sin que eso lo mate o lo destruya. Del mismo modo cabría pensar la normalidad, en el sentido psicológico, como el caudal de locura que es capaz de tolerar una mente sin que eso la enloquezca. Hay apenas grados de diferencia entre lo loco y lo normal, entre lo enfermo y lo sano, entre la vida y la muerte, pero daría la impresión de que, sobre todo, hay grados de resistencia, anticuerpos que parecen ser vacunas, vale decir, paliativos hechos de la misma sustancia de lo morboso e insano. El arte, entre otras muchas cosas, es quizá una de ellas, una estrategia que utilizan ciertos hombres para defenderse de los llamados de la anormalidad, de esos clamores, que oímos todos, de la enfermedad, de la muerte y de la locura.

Pero el arte no es mera expresión: es forma, lenguaje estructurado que comunica algo a alguien. Incluso, el arte entendido como terapia debería ser eso.

El loco ha tenido desde tiempos inmemoriales una influencia muy grande sobre la sociedad. Desde la antigüedad clásica, desde "el loco sagrado" o la pitonisa, ha sido el hombre que se pone en comunicación con los dioses. El más racional de los griegos, el propio Sócrates hablaba de su Daimon personal (hoy se lo encerraría en el Borda, y se le dictaminaría alucinaciones auditivas, con un poco de suerte se lo haría pintar unos cuadros o cantar en el coro). Pero, ¿qué es lo que diferencia a estos locos sagrados o a los que la psiquiatría llama "locos superiores", del loco de manicomio, del loco que no puede manejar su locura ni hacer de ella un privilegio?

Voy a leer un poema de asilo de alienados, un poema o algo que quiso ser un poema y que, en mi opinión, ilustra muy bien el tema de lo que podríamos llamar el límite entre la razón y la sinrazón. Es un poema escrito por uno de los pacientes de un manicomio francés. Los autores de este libro, dos científicos, recopilaron los textos; hicieron más o menos el mismo trabajo que ustedes en el Frente de Artistas del Borda, pero no desde una punto de vista estético sino puramente terapéutico. Yo creo que entre el propósito terapéutico y el estético hay una diferencia muy grande. El sentido terapéutico es lo expresivo, trata de curar a través de la expresión. Pero la verdadera terapia tal vez se dé, como quizá están intentando ustedes, a través de la comunicación artística, a través del objeto estético hecho para los demás. De lo contrario da lo mismo cantar que gritar, escribir versos que escribir obscenidades en las paredes.

El problema que se plantea cuando tenemos entre nuestras manos una obra, aparentemente de arte, escrita por ciertos locos es estremecedor. No quiero decir que sea la generalidad, quiero decir que a veces se detecta el momento donde el paciente ya no puede controlar su propia estructura poética y cae en el delirio. Esto es lo que diferencia estos textos de las obras de poetas locos como Hölderlin, varios de cuyos grandes poemas pertenecen al período de la locura, o como Gerard de Nerval, que escribió sus mayores obras estando clínicamente loco. De hecho, hay que aclararlo, Nerval y Hölderlin son

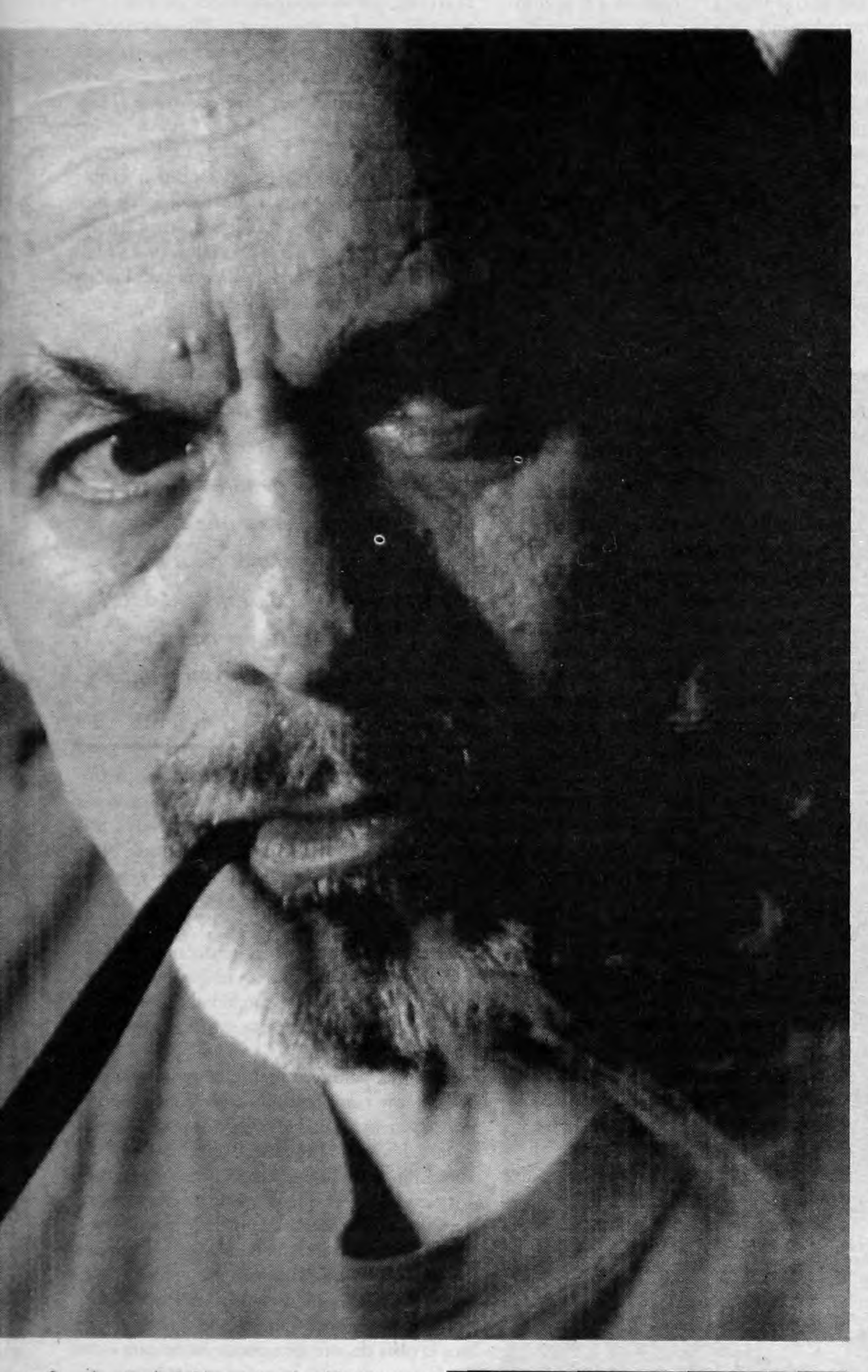
> *"El problema que se plantea cuando tenemos entre nuestras manos una obra, aparentemente de arte, escrita por ciertos locos es estremecedor. No quiero decir que sea la generalidad, quiero decir que a veces se detecta el momento donde el paciente ya no puede controlar su propia estructura poética y cae en el delirio."*

dos casos muy atípicos. En general para poder pintar, hacer música o escribir hay que estar lo menos loco posible en el momento de hacerlo. Uno puede ser todo lo loco que quiera, todo lo borracho que quiera, todo lo drogadicto que quiera, pero en el momento de sentarse a escribir debe poseer lucidez y un gran control sobre lo que se está haciendo, de lo contrario nos caemos de la esfera del arte e ingresamos en el mamarracho, que es otro modo de nombrar la locura.

El poema que voy a leer es muy desagradable pero creo que es muy ilustrativo. Di-

cia la otra realidad"

CASTILLO



por fin, el más clarividente, implacable y conmovedor, de Van Gogh a su hermano Theo: "Lo que hace falta es no olvidar nunca que un cántaro roto es un cántaro roto... el riesgo de que me sobrevenga un ataque de éstos hallándome contigo o con otros es grave ... pero en tal caso cabe recluirse uno, mientras dure, en algún manicomio o incluso en la prisión de partido, donde suele haber un calabozo para detenidos peligrosos".

La otra característica es puramente estética. Hay algo que domina la obra de los grandes artistas, estén o no locos, y es la necesidad de perfección, de precisión formal. Todos los grandes artistas, locos o no, han tenido algo así como la obsesión maníaca de la forma. No hay más que pensar en obras de hombres no locos como Proust o Tolstoi para advertirlo: el boceto inicial de *En busca del tiempo perdido* es un borrador de mil páginas; *Guerra y Paz* fue reescrito ocho veces. Pero también basta mirar sin prejuicios los cuadros de Van Gogh para darse cuenta de que, aun al borde de la locura, su preocupación por la forma y su dominio de la forma eran inmensos. El tamaño de sus cuadros es la mejor prueba. Van Gogh pintaba cuadros pequeños. Poder cifrar todo ese mundo caótico en el marco de un cuadro de caballete exige un control sobre el pincel, un control sobre la materia y, sobre todo, un control sobre sí mismo no muy diferente al que podía tener Leonardo cuando pintaba. Es como si a través de la forma –y esto quizá tiene que ver con lo que ustedes, psiquiatras y psicoanalistas e incluso pacientes, están tratando en el Borda– intentara contener ese mundo alucinatorio y desarbolado, y consiguiera encajonar su racionalidad dentro de márgenes muy claros para él. No me parece casual que Maupassant, que murió loco, y que estaba muy loco cuando se volvió loco, haya sido un cuentista casi perfecto. Tampoco me parece casual que Poe y Akutagawa hayan sido cuentistas, no novelistas: el cuento es el género literario más estricto. Que Van Gogh haya pintado cuadros de muy breve dimensión era quizá una defensa de su cordura. Si ustedes se imaginaran a Van Gogh pintando murales se imaginarían a un hombre absolutamente perdido en lo informe. Empezaría a pintar su pared en París y terminaría en Holanda. Con semejante carácter, con semejante impaciencia, sólo podía controlar su pintura dentro de límites muy precisos, que deberían ser también muy dolorosos, pero que, mientras pudo dominarlos, lo iban conteniendo. Como si la forma –no estoy hablando ni del sentido ni del estilo–, el trabajo sobre la forma, contuviera de algún modo esa cosa irracional que tiene toda creación estética y sirviera de autoterapia, por llamarla de alguna manera.

> *"Todos los grandes artistas, locos o no, han tenido algo así como la obsesión maníaca de la forma. No hay más que pensar en obras de hombres no locos como Proust o Tolstoi para advertirlo: el boceto inicial de* En busca del tiempo perdido *es un borrador de mil páginas."*

Para definir lo que entiendo por enfermedad y lo que entiendo por locura voy a apelar a Nietzsche, que de esto sabía bastante. Confieso que yo también sé bastante por razones no necesariamente literarias ni científicas. He bebido durante quince años, soy lo que se dice un alcohólico, en la acepción clínica de la palabra, aunque hace muchos años que no bebo. Quiero decir con esto que he tenido cierta percepción, desde el centro de una especie de locura, de lo que es la locura. Lo que no significa que me esté poniendo en el mismo nivel de los artistas que he nombrado en esta charla. Y acá, como necesario anticlímax, puedo intercalar un chiste sampedrino. Había en San Pedro un pequeño tendero que, en cuanto se le presentaba una oportunidad, decía: "Harrod's, Gath y Chávez, nosotros mismos..." Bueno: no es mi caso.

Lo que no me mata me hace más fuerte, escribió Nietzsche. La salud, entonces, podría definirse como la cantidad de enfermedad que puede resistir un organismo sin que eso lo mate o lo destruya. Del mismo modo cabría pensar la normalidad, en el sentido psicológico, como el caudal de locura que es capaz de tolerar una mente sin que eso la enloquezca. Hay apenas grados de diferencia entre lo loco y lo normal, entre lo enfermo y lo sano, entre la vida y la muerte, pero daría la impresión de que, sobre todo, hay grados de resistencia, anticuerpos que parecen ser vacunas, vale decir, paliativos hechos de la misma sustancia de lo morboso e insano. El arte, entre otras muchas cosas, es quizá una de ellas, una estrategia que utilizan ciertos hombres para defenderse de los llamados de la anormalidad, de esos clamores, que oímos todos, de la enfermedad, de la muerte y de la locura.

Pero el arte no es mera expresión: es forma, lenguaje estructurado que comunica algo a alguien. Incluso, el arte entendido como terapia debería ser eso.

El loco ha tenido desde tiempos inmemoriales una influencia muy grande sobre la sociedad. Desde la antigüedad clásica, desde "el loco sagrado" o la pitonisa, ha sido el hombre que se pone en comunicación con los dioses. El más racional de los griegos, el propio Sócrates hablaba de su Daimon personal (hoy se lo encerraría en el Borda, y se le dictaminaría alucinaciones auditivas, con un poco de suerte se lo haría pintar unos cuadros o cantar en el coro). Pero, ¿qué es lo que diferencia a estos locos sagrados o a los que la psiquiatría llama "locos superiores", del loco de manicomio, del loco que no puede manejar su locura ni hacer de ella un privilegio?

Voy a leer un poema de asilo de alienados, un poema o algo que quiso ser un poema y que, en mi opinión, ilustra muy bien el tema de lo que podríamos llamar el límite entre la razón y la sinrazón. Es un poema escrito por uno de los pacientes de un manicomio francés. Los autores de este libro, dos científicos, recopilaron los textos; hicieron más o menos el mismo trabajo que ustedes en el Frente de Artistas del Borda, pero no desde una punto de vista estético sino puramente terapéutico. Yo creo que entre el propósito terapéutico y el estético hay una diferencia muy grande. El sentido terapéutico es lo expresivo, trata de curar a través de la expresión. Pero la verdadera terapia tal vez se dé, como quizá están intentando ustedes, a través de la comunicación artística, a través del objeto estético hecho para los demás. De lo contrario da lo mismo cantar que gritar, escribir versos que escribir obscenidades en las paredes.

El problema que se plantea cuando tenemos entre nuestras manos una obra, aparentemente de arte, escrita por ciertos locos es estremecedor. No quiero decir que sea la generalidad, quiero decir que a veces se detecta el momento donde el paciente ya no puede controlar su propia estructura poética y cae en el delirio. Esto es lo que diferencia estos textos de las obras de poetas locos como Hölderlin, varios de cuyos grandes poemas pertenecen al período de la locura, o como Gerard de Nerval, que escribió sus mayores obras estando clínicamente loco. De hecho, hay que aclararlo, Nerval y Hölderlin son dos casos muy atípicos. En general para poder pintar, hacer música o escribir hay que estar lo menos loco posible en el momento de hacerlo. Uno puede ser todo lo loco que quiera, todo lo borracho que quiera, todo lo drogadicto que quiera, pero en el momento de sentarse a escribir debe poseer lucidez y un gran control sobre lo que se está haciendo, de lo contrario nos caemos de la esfera del arte e ingresamos en el mamarracho, que es otro modo de nombrar la locura.

> *"El problema que se plantea cuando tenemos entre nuestras manos una obra, aparentemente de arte, escrita por ciertos locos es estremecedor. No quiero decir que sea la generalidad, quiero decir que a veces se detecta el momento donde el paciente ya no puede controlar su propia estructura poética y cae en el delirio."*

El poema que voy a leer es muy desagradable pero creo que es muy ilustrativo. Di- ▶



cen los doctores que firman este libro: "Lo damos tal como está escrito sin fijarnos en su falta de nobleza". Yo no estoy seguro de que el giro "falta de nobleza", con su connotación moral, sea adecuado para referirse a la obra de un paciente de este tipo, pero es un hecho que el poema, o lo que quiera que sea, tiene un final perturbador. Comienza así:

"No, no olvidaré el color de tus ojos,
esos ojos verdes que cantaban dulzuras infinitas,
ni los rizos ardientes de tus rubios cabellos,
donde nuestras manos, a menudo, se encontraban unidas"

Fíjense en la imagen: el ardiente pelo de ella, donde las manos de los dos se encontraban unidas. Esto lo puede firmar, sin pudor, cualquier

"¿Qué es, en cambio, un artista? Es un hombre que se mete lúcidamente en su infierno personal, y regresa de allí. Que con su propio mundo despedazado y en un mundo exterior despedazado construye un claro objeto poético, y cuando puede agrega en el universo algo bello para los demás."

poeta.

"Ni tu boca que tenía la ilusión de los cielos
cuando embriagado bebía borracheras benditas
ni todo lo que formó nuestro amor joven o viejo
que entonces tú querías y del que ahora reniegas"

Y acá, de pronto, es como si el demonio hubiera agarrado al autor de las solapas y le hubiera impedido seguir por el mismo camino que venía.

Pero lo que hace sobre todo que nada pueda opacar
y me conmueve, todavía más vivo, el recuerdo de todo lo que fuiste y yo hice, cara Nerina,
son esos peditos sonoros y turbadores
conque gratificabas, riendo, mis narices
y que apestaban tan bien bajo el alba de las sábanas blancas.

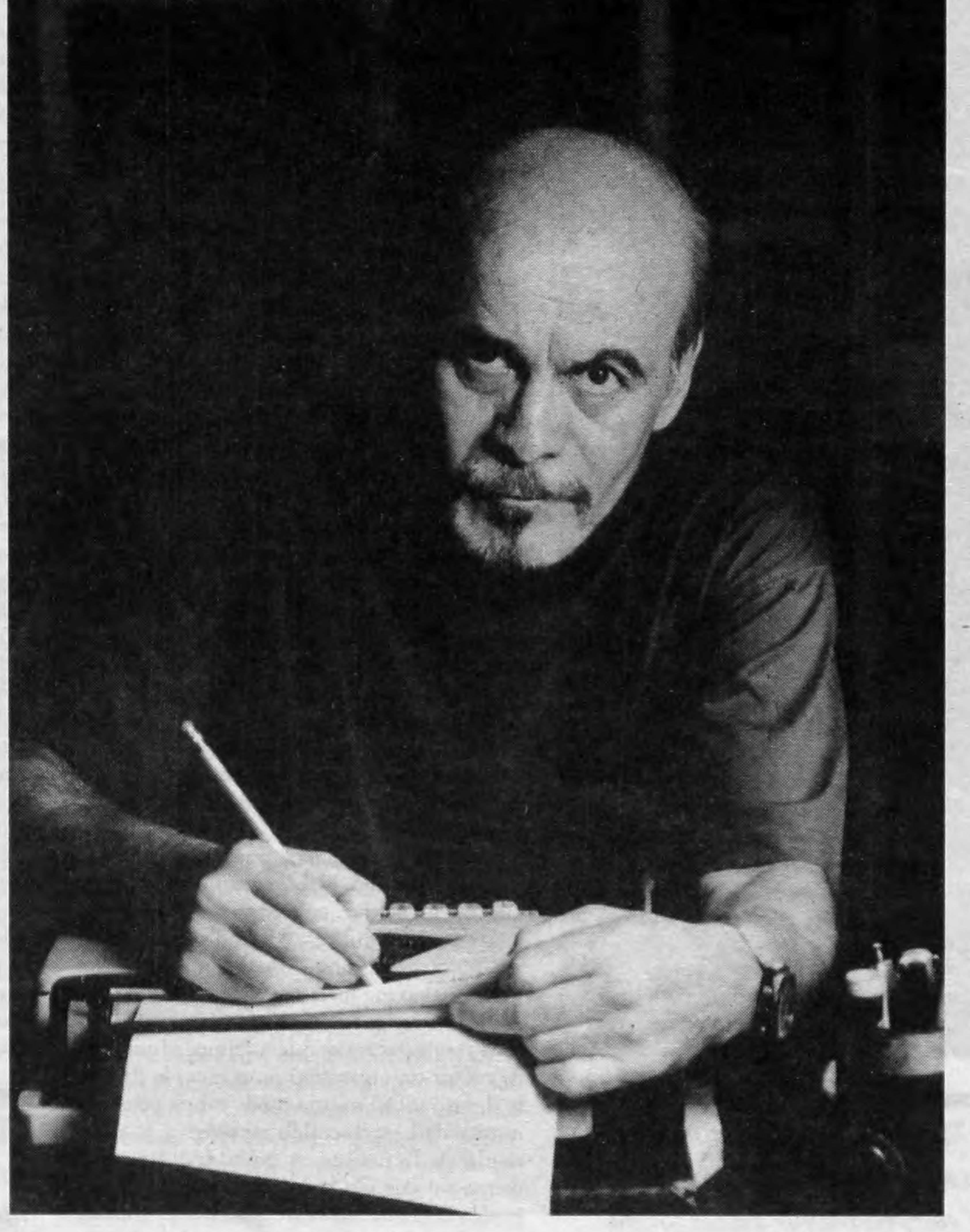
Uno siente de pronto el choque con lo-otro. Con la insania. No causa gracia, ni siquiera repulsión: produce inquietud. Una especie de miedo larval que nos hace repensar nuestra propia condición. Pero ¿por qué se lo siente? Quizá porque todos estamos al borde de algo, a un paso de dispararnos hacia ese lugar desde el que no se vuelve.

¿Qué es, en cambio, un artista? Es un hombre que se mete lúcidamente en su infierno personal, y regresa de allí. Que con su propio mundo despedazado y en un mundo exterior despedazado, reuniendo esos fragmentos de alguna manera, construye un claro objeto poético, y cuando puede, si es que sale sano de ahí, agrega en el universo algo bello para los demás, que es el fin de todo comportamiento estético.

La diferencia esencial es entonces la posibilidad de ir y volver. Pero al bajar a esos subsuelos no hay garantías de regreso. Todo salto hacia esa zona es también un salto hacia la locura. ¿Qué es lo hace que algunos hombres vuelvan y otros no? Yo no tengo la respuesta. Lo planteo sencillamente como problema, y lo planteo como el núcleo de un problema, no del problema de la locura, que mis compañeros de mesa acá conocen mejor que yo, sino del problema del arte, que es el único que de algún modo me compete y el único que de algún modo intento resolver.

En esta mesa está Vicente Zito Lema. Vos, Vicente, te habrás fijado, al entrevistar a Jacobo Fijman en el manicomio, que la preocupación formal de Fijman se daba hasta en la manera de hablar, cuando conversaba con vos. En cuanto a la limpidez formal de ciertos poemas de don Jacobo, escritos durante su locura, es muy llamativa. Vale decir, ahí estamos ante el caso del poeta que es previamente poeta y que luego se vuelve loco. Habría, quizá, que buscar revertir ese proceso para intentar sacar de la locura a un loco a través de la poesía, pero trabajando desde el problema de la forma, creo yo, y no sobre la pura expresión.

Este otro escrito, que voy a resumir a causa de su extensión, es de origen científico. Figura en el tratado de Psiquiatría de Sluchevski publicado en la URSS durante la época stalinista, e ilustra otro aspecto del problema, el del contexto social. Es realmente muy perturbador.



"Cincuenta años, director de escena. Su madre era una mujer dulce, cariñosa. Creció normalmente. En la infancia mostró gran amor al campo, era muy activo, ayudaba a la familia. En la escuela empezó a considerarse por encima de sus compañeros y pensaba que debía labrarse un porvenir. Se sentía llamado a un trabajo creador. A los diez años empezó a escribir cuentos. Siempre quería algo más elevado, algo que él debía, además, entregar a la sociedad. Cumple el servicio militar. La única característica rara es que cambia frecuentemente de sitio de trabajo. Advierte él mismo que sus juicios son a veces presurosos. No tiene muchos amigos. Elige con cuidado a las personas con quienes se relaciona. Dice que tiene su estilo, su lenguaje personal e inconfundible, cualidad que considera de mucho valor. Si emprende una obra se entrega a ella con cuerpo y alma." De acá en adelante resumo con mis palabras: En algún momento se dedica a estudiar filosofía; luego empieza a investigar ciencias. Trata de concebir un modelo unitario del mundo, como Einstein, podríamos agregar. Modelo que no les voy a leer en su totalidad pero que resulta bastante coherente. Partiendo de que la desintegración del núcleo atómico demostraba que no sólo materia sino el electrón son inagotables, se pregunta, por ejemplo: Cómo desde lo mínimo se llegó a lo máximo. De la complejidad del mundo atómico deduce la aparición de la albúmina, y de allí las células. De las colonias de células se formarían los organismos más simples, los vegetales; el mundo vegetal, en determinada fase, daría lugar a los animales más simples, los cuales se van complicando, etc., etc. Llega a la conclusión de que el sol irradia una energía que es la que produce nuestra vida. Pero se hace una pregunta: "¿De dónde sale la energía del sol?" De hecho, en este punto, vamos a parar a la metafísica y a Dios o vamos a parar a un problema de física nuclear. ¿Cómo conseguir esta respuesta?, se pregunta. Estudia física nuclear. Estudia astronomía. Sigo leyendo: "En busca de una solución pasan los años. Se plantea la pregunta sobre qué unidad concreta de contradicciones se halla en la base del movimiento propio de los cuerpos esféricos. Lo inquieta la idea de que los años pasan, lo envejecen, y que no puede resolver su problema. Y un día, el día de su cumpleaños, vio lo que llama *la forma espacial instantánea en relación de la materia*. Las primeras palabras que pronunció fueron: *Materia atravesada por el instante*". Empieza a escribir cartas para comunicar lo que ha descubierto. Naturalmente no le contestan. Termina escribiendo casi cien cartas por día. Siguen sin contestarle. Dice mi libro: "La exploración clínica pone de relieve que todos los medios de orientación se conservan. No hay trastornos de percepción. La memoria no sufre alteraciones. Gran inteligencia. Se orienta bien en problemas de física, química y astronomía. Facilidad para el pensamiento abstracto". Dentro de la clínica, porque nuestro hombre ya está dentro de una clínica, escribe poemas. Uno es "A un fundidor americano", etc. Ha leído a Mendeleiev y compara sus teorías con las del sabio. Sostiene haber descubierto el principio de un caudal inagotable de energía. Nadie le presta atención. Comienza a tener ideas delirantes de persecución. Siente que lo acosan, que los sabios no lo comprenden y no aceptan su descubrimiento. No obstante se muestra orgulloso y busca tenazmente la realización de su idea. Termina mi libro: "Estado de ánimo bueno, elevado, tono efectivo vivo. Diagnóstico: paranoia".

¿Qué es visto desde esta perspectiva, entonces, un paranoico? Un hombre tal vez de inteligencia superior que está fuera de lugar. Imaginemos a un hombre con el cerebro de Einstein o de Huble pero entre los hotentotes. Tratando de describir con palabras que el espacio es curvo, que la ley de gravitación de Newton no

"¿Qué es visto desde esta perspectiva, entonces, un paranoico? Un hombre tal vez de inteligencia superior que está fuera de lugar. Imaginemos a un hombre con el cerebro de Einstein o de Huble pero entre los hotentotes. Tratando de describir con palabras que el espacio es curvo."

se cumple en un sistema no euclidiano, y que, en su modesta opinión, las nebulosas se dispersan. Decide comunicarse por carta con el jefe de la tribu, o con el brujo, o con quien sea. No es comprendido ni atendido y empieza a creer que lo persiguen. En realidad, está creyendo, delirantemente, algo que es real. Es decir, nadie lo entiende. En este caso imaginario, nuestro hombre, fuera de la situación social que hubiese preservado su cordura, o que le habría permitido hacer algo con su locura, se transforma sencillamente en un paranoico.

Yo diría, para terminar, que en un grado no lo bastante comprendido, cierto tipo de enfermedad mental tiene que ver con esta desubicación del hombre "anormal" respecto de su medio. El problema, que dejo a los psiquiatras y a los estudiosos, es que el *medio* de ciertos hombres fuera de lo común empieza siendo la sociedad y termina siendo el manicomio, lugar, debo confesarlo, que tampoco me parece el ideal para resolver ningún problema del espíritu.

Tal vez, entonces, todavía les quede a algunos la obra de arte, que puede mirar cara a cara esa locura que anida en todos nosotros pero mucho más intensamente en el gran artista y en el hombre llamado loco, la obra de arte verdadera, que es como dije hoy la única que permite reestructurar el propio mundo despedazado y el mundo despedazado que vemos en un claro objeto poético, en una nueva forma de comunicación entre los hombres.

Y para terminar de verdad, para darle la palabra a un eminente psiquiatra, que además era un filósofo eminente y un hombre dotado para comprender el arte en grado sumo, quiero leer un texto muy breve de Karl Jasper, cuando visitó la exposición de Colonia. Se había puesto de moda (como lo está hoy) la poesía esquizofrénica, los cuadros paranoicos, la música más o menos demencial. Todo hecho por personas muy sanas.

Escribió Jasper:

"Cuando visité la exposición de Colonia de 1912, donde en torno a los admirables lienzos de Van Gogh se congregaba el arte expresionista de todos los países de Europa, en el que lo más saliente era la monotonía y la uniformidad que lo caracterizaba, me asaltó más de una vez la sensación de que entre tantos expositores que pretendían hacerse pasar por locos estando completamente cuerdos, el único loco excelso, el único loco de verdad, y a pesar suyo, era Van Gogh".